SILLÓN DE OREJAS Por **Manuel Rodríguez Rivero**

Un recuerdo pretecnológico

A LO MEJOR VAMOS a tener que imitar a Javier Marías, que en un artículo un punto misoneísta a propósito de lo fácil que las tecnologías informáticas se lo han puesto al Gran Hermano global volvía a ratificarse en su conocida aversión a usar de ellas en su vida cotidiana: ni androide, ni ordenador, ni Internet, ni dispositivo alguno que pueda ser objeto de espionaje o control. Me entero por la prensa de que las revelaciones de Snowden acerca de lo que, parafraseando a Hobbes, podríamos llamar espionaje *omnium contra omnes* han propiciado que los dirigentes del servicio secreto ruso recomienden a sus funcionarios regresar al uso de máquinas de escribir tradicionales para redactar sus informes y comunicaciones confidenciales. De modo que, por si acaso, voy a rescatar del trastero la vieja Underwood nº 5, un modelo *vintage* que heredé de mi abuelo. Todo lo cual me trae a la memoria una escena autobiográfica y pretecnológica, que paso a referirles. En el invierno de 1984 o 1985 formé parte de una visita profesional de editores y gentes del libro a la URSS, invitados por el Goskomizdat, acrónimo del Comité del Estado Soviético para las Publicaciones. Entre los participantes españoles en aquella expedición invernal (sufrimos temperaturas de -25º, y solo se nos pasaba el frío tras la ingesta de cantidades imposibles de vodka) recuerdo a Rafael Martínez Alés, Pancho Pérez González, Luis Suñén, Eric Ruiz, Carmen Criado, Andreu Teixidor, Conxa Jufresa, José Manuel Delgado y Joan Seix. El Goskomizdat, que entonces presidía Borís Pastujov, un alto funcionario del PCUS, era, si bien en proporciones gigantescas, el equivalente al antiguo Instituto Nacional del Libro Español (INLE), un organismo de origen franquista que acabaría desapareciendo en 1986. Desde el Goskomizdat se dirigía y centralizaba la edición y distribución de las editoriales estatales, se planificaban las tiradas (a menudo millonarias) y, sobre todo, se prohibía o censuraba cualquier desviación ideológica, al tiempo que se impedía la publicación de obras de los autores que figuraban en la "lista negra" de la influyente Unión de Escritores. Tengo que aclarar que aquel encuentro bilateral tuvo lugar durante el breve mandato de Konstantín Chernenko, que representó una regresión ideológica entre los liderazgos "reformistas" de Andrópov y Gorbachov. Los encuentros con editores se celebraban en la gigantesca sede del organismo, en sesiones solemnes, pero infestadas del acre humo del tabaco soviético, cuyos contenidos vehiculaban intérpretes entrenados para censurar sobre la marcha las referencias inconvenientes. Cada vez que uno de nosotros pronunciaba, por ejemplo, los nombres de Bulgákov o Pasternak, el intérprete los "olvidaba" como si tal cosa. El recuerdo pretecnológico tiene que ver con el hecho de que, tras una conferencia que me interesó particularmente, se me ocurrió pedirle a un funcionario una fotocopia de la versión traducida. Cuando, al día siguiente, me entregaron mi encargo, comprobé con asombro que se trataba de una docena de folios mecanografiados a un solo espacio que alguien había estado copiando hasta altas horas de la madrugada. El funcionario que me la entregó me confesó un poco abrumado que todas las fotocopiadoras del Goskomizdat, la institución que centralizaba la producción editorial en un país de casi 300 millones de habitantes que se expresan en docenas de diferentes lenguas y dialectos, se encontraban "temporalmente averiadas".

Ilustración de Max.

Recuperaciones

COINCIDEN EN LAS LIBRERÍAS dos recuperaciones de libros de Jorge Ibargüengoitia (Guanajuato, 1928-Mejorada del Campo, 1983). RBA, en cuyo catálogo ya se encontraban cuatro de sus seis novelas y un libro de cuentos, publica ahora *Los relámpagos de agosto*, publicada en México en 1965 después de obtener el Premio Casa de las Américas. Ibargüengoitia, que se inició como autor teatral sin demasiado éxito, comprendió en un momento dado que "el medio de comunicación adecuado para un hombre insociable como yo es la prosa narrativa". Su primera novela, sin duda su obra maestra, es una furibunda y divertidísima sátira de la revolución mexicana o, para ser más exactos, de la "novela de la revolución mexicana", un copioso subgénero literario autóctono con convenciones que Ibargüengoitia se complace en parodiar, como Cervantes hiciera con las novelas de caballerías. El argumento, muy fiel a los hechos a pesar de que los personajes aparecen con los nombres cambiados, se organiza en torno a las memorias del general Guadalupe Arroyo, trasunto de Juan Gualberto Anaya, uno de los personajes históricos que aparecen deformadamente retratados. Sin embargo, la desacralización de un asunto tan patriótico y la utilización de la parodia no gustó demasiado a ciertos críticos, demasiado convencidos, en palabras de Juan Villoro, de que "el humor es poco profundo y, en consecuencia, no define prestigios", algo que también sucede en más cercanos pagos hispánicos. La otra recuperación es la antología de artículos *Recuerdos de hace un cuarto de hora*, publicado por la Universidad Diego Portales (Chile), que recoge una muestra de las crónicas que, desde 1968 hasta su muerte, escribió Ibargüengoitia para el diario *Excelsior* y, más tarde, para la revista *Vuelta*. Muchas de ellas, hay que advertirlo, ya estaban incluidas en la más extensa recopilación *Revolución en el jardín*, editada por Juan Villoro para Reino de Redonda. Como se sabe, la breve carrera narrativa de Ibargüengoitia se truncó con su muerte en el accidente (23 de noviembre de 1983) de un Boeing 747 de Avianca en las cercanías del aeropuerto de Barajas, en el que perdieron la vida otras 180 personas. Entre las víctimas del siniestro también estaban los ensayistas Ángel Rama y Marta Traba y el novelista Manuel Scorza, que se dirigían desde París a Bogotá para participar en el primer Encuentro Hispanoamericano de Cultura.

Seudónimos

YA LO SABEN. J. K. Rowling, la multimillonaria autora de *Harry Potter*, tenía ganas de escribir un *thriller* en la "estela de las novelas de P. D. James o Ruth Rendell". Y, manos a la obra, lo publicó en abril con el título de *The Cuckoo's Calling* (Sphere) y bajo el seudónimo de Robert Galbraith. La crítica lo recibió con benevolencia, pero solo vendió 1.500 ejemplares. Pero, miren por dónde, *The Sunday Times*, "después de una prolija investigación", reveló la verdadera identidad de la autora y el libro se encaramó al número 1 de los más vendidos de Amazon.uk, mientras que sus editores (una filial de Little, Brown, el sello que había publicado su novela para adultos *The Casual Vacancy)* preparan una faraónica tirada en *paperback*. Miren, a lo mejor es que, con la que está cayendo, me he vuelto desconfiado, pero todo esto me suena a ful. En cualquier caso, les advierto de que E. L. James *(Cincuenta sombras de Grey)* también ha anunciado que pronto "cambiará de registro" y publicará una novela con seudónimo. El que no necesitaría trucos para convertir su libro primer libro en *best seller* es Luis Bárcenas, cuyo temido *pendrive* valdría mucho en manos de un gran grupo que yo me sé. Y ustedes también. •

Fábula paranoica

Motorman
David Ohle
Traducción de Juan Sebastián Cárdenas
Periférica. Cáceres, 2013
160 páginas. 16 euros

Por **Francisco Solano**

NO ES FÁCIL TRANSITAR por las páginas de *Motorman* de David Ohle (Nueva Orleans, 1941). No se trata de una lectura difícil, sino que su campo referencial parece excluir al lector. Cuando se publicó, en 1972, la psicodelia había cobrado estatuto artístico, y la novela admitía ser leída como una respuesta a la descomposición provocada por la guerra de Vietnam, sin que la palabra Vietnam aparezca por ningún sitio, aunque sí constantes alusiones a guerras "de pega". Leída hoy, se aprecia la resolución de un estilo que hace emerger un mundo alucinado, hipocondriaco y previsiblemente apocalíptico, no terrorífico pero desquiciado de toda lógica, con varias lunas y soles, partes meteorológicos con predicciones no confirmadas y guardias o controladores muy ineficientes llamados "gelatestas".

Moldenke, el protagonista, es un personaje extraviado en su organismo, desamparado como una máquina sin mantenimiento, que se relaciona de un modo intempestivo con el doctor Burnheart, su instructor y quien le ha instalado sus dos corazones (como si Moldenke fuera, al mismo tiempo, orgánico y prefabricado).

Además, entre otros, aparece con profusión Bunce, que ni Maldenke sabe quién es; Roquette, que exige ser llamado Roquelle, muy prolijo en interrogantes, y Cock Roberta (se conocieron en un Jardín Tropical y, según el estilo eléctrico de Ohle, "el espacio circundante naufragó en silenciosos patrones"), que le escribe cartas señalando mayúsculas y signos de puntuación, como si dictara, en una correspondencia en la que se cruzan también cartas de Burnheart y otros remitentes. Los capítulos son generalmente breves, y la secuenciación de uno a otro sigue impulsos inestables, por no decir caprichosos.

La realidad que se pretende reflejar no se asienta en ninguna convención, y se diría que no sólo la esquizofrenia, sino la paranoia, provee de sentido esta fábula que no se pliega a ningún significado. Casi al final, no obstante, se produce esta angustiosa declaración de Moldenke: "Intento no interferir en los asuntos del Gobierno, pero parece que los asuntos del Gobierno interfieren en los míos". •

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern.: 800.6364.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW